

## XIV

Cuando el alba me despierta  
los recuerdos de otras albas  
me renacen en el pecho  
los que fueron esperanzas.  
Quiero olvidar la miseria  
que te abate, pobre España,  
la fatal pordiosería  
del desierto de tu casa.  
Por un mendrugo mohoso  
vendéis, hermanos, la entraña  
de sangre cocida en siesta  
que os hace las veces de alma.  
«Hay que vivir», estribillo  
de la santísima gana,  
vuestra perra vida sueño  
en bostezo siempre acaba.  
«Mañana será otro día»  
y el porvenir se os pasa,  
ni se os viene la muerte  
que no habéis vivido nada.  
Cuando se os viene encima  
la libertad «¡Dios me valga!»  
y Dios en vil servidumbre,

pues no os valéis, os chapa.  
Mirando pasar la vida  
no vivís y al acabarla  
aun hay quien sueña ¡cuitado!  
que de la vida descansa.  
Cuando el alba me despierta  
los recuerdos de otras albas,  
me renacen en el pecho  
las que fueron esperanzas.  
Y espero que al torbellino  
de mi seno España nazca,  
que los hermanos que sueño  
con mis sueños hagan patria.  
Puebla mi sueño tu pueblo,  
que es sólo mi sueño, España,  
y sueño que me hago eterno  
en un eterno mañana.

## XVI

Mañana—lo sé de ayer—  
Don Quijote, mi señor,  
me apedrearán los galeotes,  
sea todo por tu amor!  
No me importa qué vendrá,

sino la miseria de hoy,  
de los viles cuadrilleros  
de la vieja Inquisición.  
Es justicia libertad;  
no el rencoroso perdón  
de tiranuelos de campo  
deshonrados con honor.  
Solo, hidalgo, solo tú,  
sin Sancho, en manos de Dios,  
rebelde a la rebeldía  
del poder de sinrazón.  
El mando dado a desmán,  
de la ley se desmandó;  
se puso a dictar mentiras  
que es tiranía mayor.  
Y qué vendrá? qué más da...!  
nuestro Padre nos dé hoy  
mientras no venga su reino  
nuestro cotidiano sol.  
Nos dé el sol de la verdad,  
que nos limpia el corazón;  
el patriotismo con venda,  
no es más que abominación.  
Libertad a los galeotes!  
manos, cara y pecho al sol!  
que la grandeza de España  
sea grandeza de Dios!

## De los placeres y los juegos

Si me preguntáis cuáles son  
las artes primitivas, no iré  
a consultar a los clérigos para  
contestaros: miraré vivir a mis  
hombrecitos y os responderé:  
la música, el dibujo, la danza  
y la arquitectura.

El hombrecito entreabre la  
puerta de mi gabinete de tra-  
bajo. Está muy tranquilo aunque  
yo traté de fulminarlo con la  
mirada. Acerca su cara a la mía,  
me mira batiendo las pestañas,  
el infame seductor, y va recto  
al fin:

—¡Papá! Mi lápiz no tiene  
punta. Sácasela.

Lo hago porque tengo interés  
por las artes.

—Gracias. Y ahora dame pa-  
pel.

Le doy papel, del mejor. Soy  
un buen Mecenas.

El hombrecito vuelve a su  
trabajo. Dibuja, pinta. Todo lo  
que hace significa alguna cosa.  
Todo es grosero, informe, pero  
corresponde a una idea, tiende  
a representar algún rasgo del  
modelo. Ningún trazo es abso-  
lutamente inútil. Más tarde el  
hará cosas inútiles, dirá cosas  
inútiles, creará cosas inútiles  
y acumulará como todos los  
hombres, lo inútil sobre lo inútil.

Viendo esta pasión de dibu-  
jar que ellos tienen, comprendo,  
mejor que nunca, que crear es-  
tá en la naturaleza del hombre.  
Pero, ¿qué crear? Es mucho  
más sencillo: el se divierte, se  
expresa.

Bernardo parece cierto de  
que dibujar es una función na-  
tural como construir, danzar,  
cantar. Me tiende su lápiz y  
me ordena con simplicidad:—  
«Dibújeme un elefante, dibú-  
jeme una locomotora, un barco,  
un señor, una casa». Yo obe-  
dezo sin discutir y me doy  
cuenta con asombro de que sé  
dibujar todo eso que el me pide.  
Cuando menos él queda con-  
tento.

El más pequeño baila con mo-  
vimientos lentos, contenidos,  
serios: es demasiado pequeño  
para tener vergüenza. Bernar-  
do, un poco más grande, un po-  
co más torpe no sabe más que  
hacer el loco. Pero canta: el  
canto es un gozo tan natural  
que parece ligado en él al ac-  
to de la espiración. Llena de  
aire su pecho. ¡Oh delicia! Des-  
pués el aire se va. ¿Habrá que  
consentir en perderlo pura-  
mente y simplemente? ¡No! La  
garganta está allí para sacar al  
paso, algunas bellas canciones.  
Cuando está bien solo, puro,  
abandonado a su instinto de  
animal, cuando sus manos y su  
espíritu están ocupados en al-  
guna menuda tarea, canta sin  
parar una canción ondulosa,  
agil, parecida a la que se debe  
cantar allá en la estepa. En-  
cuentra ritmos e inventa inter-  
valos extraños: voz del viento  
en soto, roce de las hojas del  
álamo, gotas de lluvia que caen  
de las ramas en la taza de la  
fuente.

Un día este humilde genio se  
desvanece: el hombrecito apren-  
de a cantar. El arte civilizado  
se instala en el lugar del arte  
primitivo. Nosotros encontramos  
que eso está bien porque es-  
tamos corrompidos, petrificados  
por nuestros hábitos.

En seguida conoce la ver-  
güenza. Es imposible ahora  
arrancarle esa menuda canción  
que sabe tan bien. Luego, una  
noche, después de los abrazos,  
solo en su cama en medio de  
la sombra protectora, pero se-  
guro de que nosotros lo esta-  
mos escuchando, se pone a can-  
tar con una voz neta:

Oh, verde pino  
rey de las selvas...

Nosotros escuchamos en la  
pieza contigua. Escuchamos si-  
lenciosos y recogidos. Conoce-  
mos la voz del animalito. Es

menos bello que antes; pero es  
la voz del hombre.

El sigue: canta mucho tiempo,  
mucho tiempo. Es como una ple-  
garia que naufraga en el bal-  
buceo. De golpe el sueño cae.

Presta a los instrumentos de  
música una atención que no se  
cansa. Gira en torno del piano  
buscando esa *cola* de lo que  
todo el mundo habla y que él  
no ve. Pide soplar en la flauta,  
seguro, cada vez de sacar el  
sonido; decepcionado cada vez  
de su fracaso.

El martes en la noche, en  
tanto que nosotros tocamos reu-

nidos en torno del piano, él se  
despierta a medias y se queda  
durante dos horas con los ojos  
abiertos en una especie de sue-  
ño extático. Yo me escapo un  
segundo para ir a verlo; su mi-  
rar de pupilas inmensas está  
encendido en la sombra: un mi-  
rar de otra vida.

Si después canturreo un aire  
de los que se han tocado el  
martes, él dice simplemente,  
con un aire indiferente, bajan-  
jando la cabeza: *música de la  
noche*. No se equivoca nunca.  
No confunde *la música de la  
noche* con *la música del circo*.

Georges Duhamel

(Trad. de Gabriela Mistral)

## Qué hora es...?

(Viene de la página 24)

gozando siempre; la *Novela de  
un niño*, de Pierrí Loti, tiene  
muchísimos atisbos y belleza de  
anécdota; la *María Clara*, de  
Margarita Audoux, no se enve-  
jecerá todavía, gracias a la es-  
pontaneidad del estilo; el *De-  
dalus*, de James Joyce, es el  
más extraordinario relato de  
adolescencia que yo conozca;  
pero yo no lo recomendaría a  
las estudiantes. Funde de ter-  
nura *La Madre y el Niño*, del  
admirable Carlos Luis Phillippi.  
*La Infancia*, de Gorki, está  
contada para la Rusia y la  
América nuestra, prima de varias  
barbaries eslavas; y, para po-  
ner obra americana que resista  
estas vecindades, *El niño que  
enloqueció de amor*, del chile-  
no Barrios, está lleno de obser-  
vaciones y anécdota legítima.

El género se enriquece por  
año; parece que el asco de las  
juventudes feas y las madures-  
ces peores que vivimos, nos  
hiciera remontar los años a  
zancadas ansiosas, hasta caer  
en el cuadro jugoso de la in-

fancia, donde se revuelca el pen-  
samiento en cosa pura.

Naturalmente el género no  
está exento de podridura; los  
Gide y los sobrinos literarios  
del señor Freud, han llevado a  
la biografía novelesca del niño  
su aliento sucio capaz de em-  
porcar el aire del desierto.

Todo lo enumerado vale más  
que el lacrimoso *Corazón* esa  
Biblia de las escuelas lai-  
cas en que el ateísmo, buscan-  
do escapar la aridez de cal que  
es la suya, se ha atollado en  
una manteca sentimental que  
empalaga hasta a las criaturas.

Que las bibliotecarias de Nor-  
mal no traten demasiado en  
«niñas» a sus clientes. La ado-  
lescente nuestra sabe demasia-  
do. Cuando oigo hablar de los  
peligros de la lectura novelesca  
en las jóvenes, pienso en los pe-  
ligros de la imaginación sin alimen-  
to, porque como dice no sé qué  
educador franco, la mente sue-  
le hallar en la novela lo sen-  
sual; pero en la vida tan des-  
nuda de este tiempo, encuentra